Ahora EL PUEBLO

Crónicas

DOMINGO 2 DE JUNIO DE 2024

AÑO 4 - Nº 129

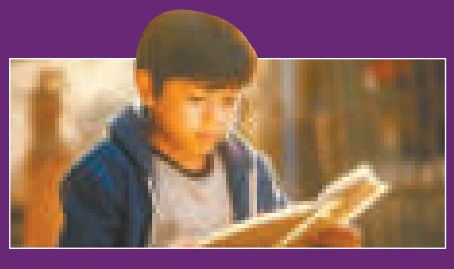
// FOTO: GONZALO VARGAS, DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE LA COMIBOL

Édgar 'Huracán' Ramírez, artífice de la creación del Archivo Histórico de la Minería Nacional

Págs. 4-5

El último afilador: Edwin recorre La Paz preservando un oficio casi extinto

Págs. 2-3



El revistero, infancia, imaginación y resiliencia

Págs. 6-8

LABOR QUE RESISTE LAS INCLEMENCIAS DE LA HISTORIA GRACIAS A HOMBRES CURTIDOS

El último afilador: Edwin recorre La Paz preservando un oficio casi extinto

Son pocos los afiladores que aún subsisten en ciudades como La Paz, donde la población no posee recursos suficientes como para cambiar de forma frecuente sus herramientas de corte.

Mauricio Carrasco

Cada día, Edwin recorre las avenidas de la ciudad de La Paz, desde la popular Pura Pura, en la zona norte, hasta los residenciales barrios sureños de Obrajes, Calacoto, Achumani, Irpavi, Cota Cota y Los Pinos.

A sus 26 años, enfundado en un overol de trabajo, recorre unos 30 kilómetros diarios con una pequeña armónica de plástico, arrancando melodías que anuncian su llegada. Edwin es afilador de cuchillos, un oficio casi extinto en el siglo XXI, heredado de su padre.

El silbato de Edwin resuena en cada barrio, señalando que el afilador ha llegado. Tijeras, podadoras, cuchillos y machetes reviven bajo el toque de sus expertas manos. Su labor, aunque rara en estos tiempos, sigue siendo esencial para muchos. Así, Edwin mantiene viva una tradición y un arte que pocos aún ejercen en este siglo XXI.

De 26 años, enfundado en ropa de trabajo de una sola pieza, recorre unos 30 kilómetros en cada jornada arrancando a su pequeña armónica de plástico una melodía inconfundible que caracteriza el oficio que heredó de su padre: afilador de cuchillos.

En cada barrio su silbato anuncia que el afilador de cuchillos anda por la cuadra. Tijeras, podadoras, cuchillos y machetes pueden adquirir nuevos bríos, gracias al trabajo de sus expertas manos.

Ahora EL PUEBLO
Crónicas

DIRECTOR
Carlos Eduardo Medina Vargas

COORDINADORA
Milenka Parisaca Carrasco

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:
Mauricio Carrasco
Luis Oporto Ordóñez
Víctor Montoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Gabriel Omar Mamani Condo

CORRECCIÓN
José Maria Paredes Ruiz
Karen Keyla Nina Pino

FOTOGRAFÍA
Jorge Mamani Karita

Redes Sociales

www.ahoraelpueblo.bo

La Paz-Bolivia
Calle Potosí, esquina Ayacucho N° 1220
Zona central, La Paz
Teléfono: 2159313

► "Este es, como ningún otro, un trabajo honesto", asegura Edwin, agradecido con la vida por contar con una habilidad que le permitió lograr el bachillerato y ahora costearle los estudios de la carrera de Derecho en una universidad privada.

Edwin, quien prefiere no mencionar su apellido por temor a que le discriminen en la universidad, cobra entre cinco y diez bolivianos por cada cuchillo, tijera y cuanto instrumento para cortar pase por sus manos.

Un esmeril, una piedra de afilar y la habilidad de sus manos son las herramientas de un oficio que en España ya se tenía constancia en el siglo XVII.

El Cóndor de Bolivia, el primer periódico de la República, menciona también en una edición de 1827 a personas de esa ocupación, en Sucre, que "trabajan en el Mercado Campesino".

"Y yo sé que en Perú, Ecuador y México hay todavía afiladores de cuchillos", comenta Edwin de un oficio cuya imagen es menos vista en el país.

Las nuevas tendencias económicas que implantaron la cultura de "usar y tirar" dejaron sin sentido el trabajo de los afiladores que, poco a poco, fueron desapareciendo de las calles, caminos y carreteras.

Hoy, los afiladores sobreviven gracias a la venta de herramientas de corte en comercios y afilando ocasionalmente cuchillos y tijeras usadas en el hogar.

A pesar de las circunstancias, sin embargo, este antiguo oficio resistió a las inclemencias de la historia gracias a la tenacidad de hombres curtidos, como Edwin, en las más duras condiciones laborales, familiares y personales.

"Mi trabajo empieza a las seis de la mañana, recorro la ciudad y a veces llegó a pie, inclusive, hasta Mallasa y Jupanima, a más de 40 kilómetros de mi casa", señala.

GLOBALIZACIÓN

La corriente consumista ha acabado con oficios que se apoyaban en la reutilización de los objetos. En un tiempo en el que a consecuencia de la globalización han caído los costes de fabricación, la mano de obra encargada de la reparación se ha visto obligada a ajustarse o desaparecer.

Uno de los oficios que se han visto afectados por esta situación es sin duda el de afilador de cuchillos y tijeras.

Los afiladores son comunes en los países en desarrollo, principalmente en los de América Central y del Sur, donde la población no posee recursos suficientes como para cambiar de forma frecuente sus herramientas de corte.

La tecnología, la competitividad y la falta de tiempo hacen que la mayoría de los trabajos que requieren un esfuerzo manual sean reemplazados por la industria, por lo que, ante este vertiginoso ritmo, el afilador corra el riesgo de desaparecer casi por completo de las ciudades.

No obstante, *El Afilador,* del famoso pintor español Goya, nos da una idea de la data del oficio y nos recuerda que los afiladores de cuchillos todavía son actores de ciudades coloniales como La Paz.

Y es que Edwin ejerce uno de los tantos oficios tradicionales que permanecerán mientras haya personas que los soliciten.

La característica melodía de la armónica de este joven paceño suena ya a nostalgia, ya que no existe generación de relevo que pueda continuar el oficio de los afiladores que, paulatinamente, van llegando a la edad de la 'jubilación'.

VISIÓN Y TENACIDAD DE UN REFERENTE PARA LA ARCHIVÍSTICA EN AMÉRICA LATINA

Édgar 'Huracán' Ramírez, artífice de del Archivo Histórico de la Minería Na

Enfrentando la política neoliberal, que condenaba los archivos históricos mineros a la destrucción, 'Huracán' Ramírez logró preservar este valioso patrimonio. Su iniciativa no solo rescató documentos vitales, sino que también estableció un modelo de archivo reconocido internacionalmente.

Luis Oporto Ordóñez (*)

LA DESTRUCCIÓN DE LA MEMORIA MINERA

En agosto de 1985, el DS 21060 determinó el cierre de operaciones de la Comibol con la trágica consecuencia de la debacle del movimiento minero y la destrucción de su memoria histórica, condenada a la destrucción inminente por la administración neoliberal de la Comibol, que optó por separar, conservar y disponer al uso de las transnacionales la documentación técnica referida a las reservas geológicas de los yacimientos minerales. La política minera del régimen neoliberal convirtió a la Comibol en una empresa Holding Administradora de Contratos de Riesgo Compartido.

Esta situación cambió cuando apareció en escena Édgar 'Huracán' Ramírez, quien al ver el desastre convenció a un puñado de trabajadores mineros, todos como él, 'q'epiris', a enfrentar el desafío del rescate de la memoria minera. Usaron madera desvencijada y calaminas descartadas para techar los patios interiores, fabricaron galpones donde trasladaron cientos de miles de expedientes mineros; construyeron 2.000 metros lineales de estantería con clavos de 80 años de antigüedad. Thomas Converse, Chief, Record Management Section (Jefe de Archivos) del Banco Interamericano de Desarrollo, escribió en su reporte:

"La Comibol proporcionó valiosas lecciones que se aprendieron al reconstruir un sistema de archivo que se encontraba en un estado de colapso total. Allí utilizó al máximo al personal, materiales y espacio para recrear un muy ordenado y vital archivo que se encontraba antes en un absoluto caos. Los archivos de la Comibol son una inspiración para los archivistas de todas partes donde se enfrentan a desafíos de todas clases".

LA CREACIÓN DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE LA MINERÍA NACIONAL

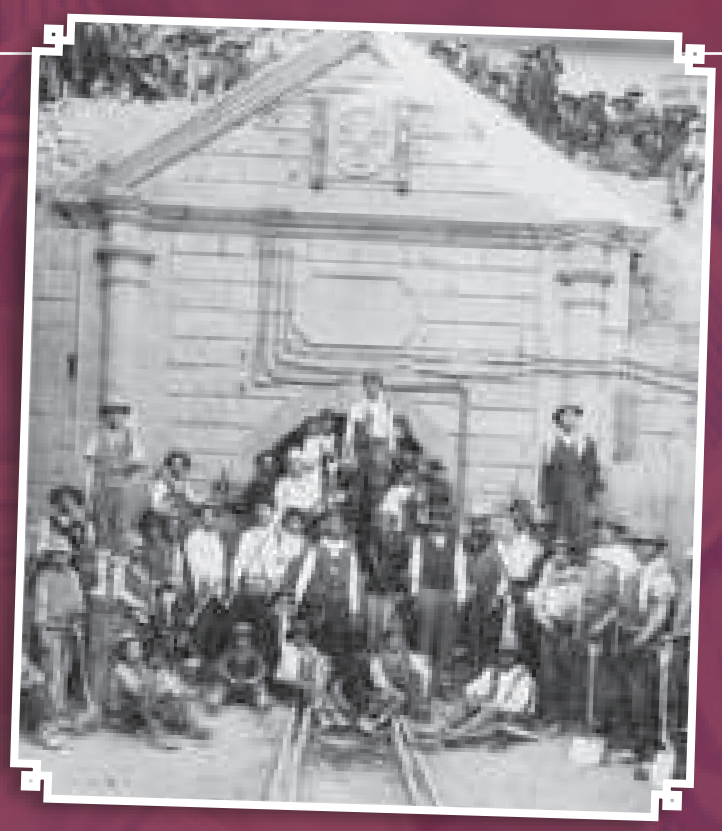
Édgar 'Huracán' Ramírez inició la batalla por la defensa de la minería nacionalizada y la memoria histórica de la Comibol. En su estrategia, planteó que "los archivos constituyen la evidencia de actividades, transacciones de los individuos y de los actos administrativos, constituyendo la memoria institucional de la sociedad, base de los derechos de los individuos y del Estado, siendo por tanto fundamentales a la democracia y al buen gobierno". En su alegato declaró que "la documentación histórica de las exempresas mineras de Simón I. Patiño, Mauricio Hochshild y Carlos V. Aramayo, así como de la Corporación Minera de Bolivia constituyen patrimonio documental de la nación, protegida por la CPE, estando prohibida su destrucción, incineración, enajenación o venta, bajo sanción penal. Recordó que la Nacionalización de las Minas incorporó dicha documentación al patrimonio de la Comibol, que son parte componente de la historia del país".

Édgar Ramírez remarcó que el patrimonio documental de la Comibol es el más extenso en su género existente en América Latina y, según algunos expertos, único en el mundo por las dimensiones y variedad de sus series documentales (documentación financiera, administrativa, manuales industriales y administración de personal, codificación contable, servicios médicos, educación, planos geológicos, fotografías, etc.), expresada en varios idiomas (castellano, inglés, hebreo, alemán, ruso, sueco).

¿CÓMO LOGRÓ EL DIRIGENTE MINERO SEMEJANTE HAZAÑA?

Édgar Ramírez presentó el histórico proyecto al entonces presidente Carlos D. Mesa Gisbert. En esa norma se planteaba la creación del Archivo Histórico de la Minería Nacional, sobre la base de la antigua documentación histórica de las exempresas mineras de Simón Patiño, Mauricio Hochschild y Carlos V. Aramayo y de la Corporación Minera de Bolivia; establecía la creación del Sistema de Archivo de la Comibol, constituido por el Archivo Histórico de la Minería Nacional, el Archivo Intermedio, el Archivo Central (El Alto), los Archivos de Gestión de la Comibol (La Paz, Potosí y Oruro) y los Archivos Regionales (Potosí, Oruro, Catavi, Pulacayo).

►



e la creación cional

Con sagacidad y pragmatismo, el líder sindical se aproximó ante el presidente Carlos D. Mesa Gisbert, su enemigo ideológico, valorando en él su calidad de historiador, por ello sensible con la memoria histórica. Por otro lado, el ingeniero Arturo Tamayo, presidente de Comibol, apoyó los afanes del líder minero para el salvamento de la documentación histórica de la minería nacionalizada.

En una genial estrategia, Édgar Ramírez hizo saber al presidente de la Comibol que el mismísimo presidente de la República anhelaba la creación del Archivo Histórico de la Minería Nacional, y viceversa comentó que el presidente Tamayo estaba decidido a financiar el proyecto. En una singular reunión en la oficina presidencial en el Palacio Quemado, el presidente Mesa manifestó su decisión de promulgar un decreto para la creación del Archivo Histórico de la Minería Nacional, y preguntó a boca de jarro al ingeniero Tamayo si la Comibol estaba en condiciones de financiar ese proyecto. El aludido afirmó sin dudar que haría todo lo que fuera necesario. Édgar Ramírez sonrió satisfecho.

El DS 27490, promulgado el 14 de mayo de 2004, introduce formalmente el enfoque sistémico en la administración de los archivos, proyecto financiado con recursos propios de la Comibol. Mandó construir y equipar el Archivo Histórico de la Minería Nacional en la ciudad de El Alto, los Archivos Históricos Regionales de Oruro y Potosí, y la restauración de la Casa Gerencia de la Compañía Huanchaca de Bolivia en Pulacayo y la Casa Gerencia de la Patiño Mines en Catavi, para los Archivos Regionales de los centros mineros. Un tercer edificio restaurado es la Casa Gerencia de Administración del ramal ferroviario, de propiedad de Aramayo, en la ciudad de El Alto. Mandó elaborar el mural que reconstruye la Historia de la Nacionalización de las Minas (obra de Williams Luna) y los monumentos al Mitayo de la Época Colonial y al Minero de la Nacionalización, y una tercera escultura inspirada en el Monumento al Minero de Siglo XX, que porta el fusil y la moderna perforadora.

El Archivo Histórico de la Minería Nacional se convirtió en la meca de la investigación histórica de la minería. En 2009 llegaron brigadistas internacionalistas de todo el mundo para apoyar las labores de conservación preventiva y descripción de la memoria minera. En septiembre de 2019, unos 43 expertos del Comité Regional de América Latina y el Caribe y del Comité Asia-Pacífico del Programa Memoria del Mundo de la Unesco constataron los avances del Centro de Conservación de Papel y rindieron homenaje al líder minero, director del Archivo Histórico de la Minería Nacional.

El Gobierno Municipal de El Alto lo declaró Patrimonio Documental y Cultural. Ramírez gestionó la denominación de la Calleja de los Archiveros y la construcción de la plazoleta y busto de Gunnar Mendoza, 'Maestro de la Archivística Boliviana'. Propició la erección del Monumento a la Marcha por la Vida de 1986, instalado en Calamarca, donde el ejército detuvo la marcha.

SEMBLANZA BIOGRÁFICA

Édgar Ramírez nació en Potosí, el 28 de octubre de 1947. Falleció el 31 de enero de 2021. Notable autodidacta, dirigente sindical minero, político y archivista. Estudió hasta el quinto de primaria; ingresó como peón de interior mina en la Empresa Minera Unificada de Potosí. Fue dirigente nacional del Partido Comunista de Bolivia; máximo dirigente de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y de la Central Obrera Boliviana (COB). Es sobreviviente del Plan Cóndor, enfrentó a las dictaduras militares, fue desterrado a Chile, Inglaterra y Holanda. Renunció a los bonos extralegales con los que el neoliberalismo cooptó a la dirigencia histórica de la FSTMB. En 1988, Juan Lechín, manifestó:

"'Huracán' ha demostrado honradez. Cuando la Comibol ofreció mil dólares por año de servicio y había un grupo de comunistas ahí que se hacían los honestos, aprovecharon eso y se retiraron con sumas de 18, 20 mil dólares, fuera de las indemnizaciones. Quiénes no se retiraron: Víctor López, que trabajó 40 años en las minas y Édgar que trabajó 20. Cuando les preguntaron por qué no hacen lo mismo, 20 mil dólares para un obrero es mucha plata y 40 por supuesto mayor, ellos dijeron: hemos sido elegidos en congreso para defender a los trabajadores. Seguiremos".

El Gobierno lo confinó al mutún, lo envió como barrendero a Tupiza y como q'epiri (cargador) a los almacenes de El Alto. Fue presidente alterno de la Comisión de la Verdad y, junto a Nila Heredia, entregó los expedientes de los dirigentes mineros víctimas de las dictaduras al Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional en pleno gobierno de facto de Jeanine Añez, que ordenó su despido en 2020.

* Luis Oporto Ordóñez es historiador, archivista y presidente de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FC-BCB).

// FOTOS: COMIBOL

INFANCIA, IMAGINACIÓN Y RESILIENCIA

El revistero

En una época en la que las únicas diversiones eran el cine y las chicherías, especialmente concurridas durante los días de pago de salarios en la Empresa Minera Catavi y los fines de semana, cuando no había televisores, videos ni acceso a películas digitales, yo aprovechaba la aglomeración de gente para alquilar y canjear revistas.

Víctor Montoya

Cuando aún no había alcanzado el umbral de la pubertad, se me ocurrió la idea de convertirme en el revistero del pueblo, debido a que durante años había acumulado una considerable colección de revistas de aventuras y ciencia-ficción, que mi madre me las compraba para mantenerme ocupado y distraído, mientras ella se ausentaba para atender sus deberes como maestra en la escuela.

Así que un día, sabiendo que mi abuelo tenía un amigo carpintero, cuyo taller estaba en la misma calle donde vivíamos, le supliqué que le pidiera hacérmelo un bastidor de madera. Mi abuelo, visiblemente perplejo y mirándome con el ceño fruncido, me preguntó: "¿Y para qué lo quieres?" Me encogí de hombros y le contesté: "Lo necesito para colocar mis revistas. Pienso fletarlas en la puerta de los cines del pueblo".

Cuando el carpintero me entregó el bastidor, los listones finamente lijados y barnizados, me lo llevé a casa con un mundo de ilusiones en la cabeza. Las ligas para sujetar las revistas, que las puse cruzadas entre clavo y clavo saqué de la caja de coser de mi madre, quien, a poco de darse cuenta de que le faltaban las ligas, que ella usaba en los calzoncillos y otras prendas de vestir, me dio un sermón de nunca acabar. Pero el daño ya estaba hecho, las ligas pasaron a formar parte de mi bastidor de revistero.

Los fines de semana, por las mañanas, cargaba el bastidor sobre el hombro y llevaba la bolsa de revistas en la mano. Me alejaba de la casa de mis abuelos, cruzaba por la Plaza de Armas y tomaba la calle Linares hasta llegar al Teatro Sindical de la Plaza del Minero, donde estaban las señoras que vendían caramelos, helados, salteñas, tawatawas y rosquetes. Me acomodaba cerca de la puerta del cine, arrimaba el bastidor contra la pared y acomodaba las revistas de acuerdo a su numeración, categoría y tamaño. Las más grandes y a todo color iban siempre en la parte superior, aparte de que eran las que más llamaban la atención de los interesados y las que más se fletaban entre los ávidos lectores, quienes, luego de pagarme unos reales, sacaban la revista del bastidor, se sentaban en las graderías de acceso al cine y leían con la mirada clavada en las imágenes y los textos unos escritos con letras de imprenta y otros con caligrafías que parecían hechas a pulso.

Las revistas que menos se fletaban iban en la parte inferior, donde estaban las fotonovelas y las que no eran a colores o tenían un color tirado a café. En la parte central del bastidor estaban las más populares, que trataban sobre aventuras de superhéroes, como Fantasma, el Hombre Araña, Supermán y Batman, el hombre murciélago que tenía a la noche como aliada en su lucha contra los villanos del mal. En la misma sección estaban las revistas dedicadas a Blixt Gordo, Dick Tracy y las que trataban sobre aventuras de ciencia-ficción ambientadas en otros planetas y galaxias. Tampoco podían faltar las aventuras de El príncipe valiente y Tarzán, el 'rey de los monos', que fue dibujado por Hal Foster a partir del libro escrito por Rice Burrough, en torno al hijo huérfano de una pareja inglesa aristocrática abandonado en África a finales del siglo XIX.

El esquema narrativo, entre la realidad y la ficción, era el mismo en casi todas las revistas; es decir, la polarización entre el reino del bien y del mal no obedecía a los cánones de la denominada ►

"buena literatura". Tanto los personajes como los temas exhalaban deseos antagónicos y estereotipos predecibles, donde el bueno era siempre bueno y el malo era siempre malo, como el diablo era el estereotipo del malvado: cuernos, cola y tridente; a diferencia del protagonista principal que era el estereotipo del hombre bueno, blanco, joven, apuesto y valiente, aunque en la realidad, estos polos opuestos se funden en la personalidad de todo individuo hecho de carne y hueso.

Sin embargo, en los años de la infancia, cuando se tiene el pensamiento mágico y el razonamiento ilógico, es difícil discernir las historias fantásticas en las que los personajes siguen un proceso alejado de la realidad, hasta que el relato pierde toda verosimilitud y se convierte en una mera invención de la fantasía, que solo puede ser concebida en el plano de la imaginación, que es uno de los estados naturales en el desarrollo emocional e intelectual de los niños, que aún no han alcanzado la etapa del razonamiento lógico, que les permita discriminar entre lo que es real y lo que es ficción.

A pesar de estas consideraciones, a mí me apasionaban los protagonistas con doble identidad y el rostro cubierto por una máscara o antifaz; si correspondían a la serie de los pistoleros, mis héroes eran el Llanero Solitario y el Zorro; si eran las dedicadas a los luchadores del ring, prefería a Blue Demon y Santo, 'el enmascarado de plata'; si eran de la serie de los superhombres, mis favoritos eran Batman, Fantasma, Linterna Verde y el Hombre Araña. Aquí debo confesar que me gustaba menos Supermán, el hombre extraordinario llegado del planeta Krypton, quizás porque tenía el rostro descubierto. Para mí era importante que el personaje escondiera su verdadera identidad detrás de una máscara o antifaz para poder cumplir con su misión imposible, sin que nadie supiera quién era el misterioso héroe que se escondía detrás de una máscara para satisfacer las aspiraciones de los lectores, enfrentándose en un feroz combate contra los villanos de toda laya, en procura de poner a salvo a los más necesitados y liberar a un pueblo amenazado por las fuerzas tenebrosas del mal.

A pesar de que los personajes de las revistas que fletaba, ya sea en la puerta del Teatro 31 de Octubre o en el Teatro Sindical Federico Escóbar Zapata, correspondían a la llamada literatura de ciencia-ficción y de aventuras, puedo atestiguar que eran solicitadas por grandes y chicos, aunque no siempre sus argumentos lograban ser verosímiles ni sus personajes estaban anclados en la realidad, como cuando Supermán volaba como un pájaro por encima de los techos y el Hombre Araña lanzaba telarañas por la yema de los dedos para luego balancearse de ellos entre un edificio y otro.

En mi época de revistero, conocí a niños que se identificaban con el Hombre Araña, un joven que sufrió la burla de sus compañeros de clase, hasta que un día decidió mostrarles sus poderes sobrenaturales para ganarse el respeto y la admiración; un fenómeno de 'bullying' que no es ajeno a la realidad que experimentan niños y jóvenes en los establecimientos educativos. Algunos de los personajes de estas revistas de serie, debido a su apariencia fuera de lo normal y sus poderes sobrenaturales, eran una suerte de válvulas de escape hacia lo imaginario, porque ayudaban a comprender, al margen del didactismo propio de los libros de texto, los problemas que aquejaban a la humanidad, al mismo tiempo que sus acciones contribuían a asimilar de manera más sencilla los valores éticos y morales para una mejor convivencia social.

De modo que no estoy de acuerdo con quienes aseveran que la lectura de estas revistas es nociva para los niños y jóvenes so-pretexto de que contribuye a estimular conductas agresivas, que luego desencadenan en la violencia escolar y la conformación de pandillas juveniles. Tampoco coincido con los profesores que creen que la lectura de las revistas de serie es una verdadera "pérdida de tiempo"; por el contrario, si apelo a mi experiencia de revistero, les podría informar, si acaso no lo sabían, que los adolescentes y jóvenes, más que leer *El señor de las moscas* de William Golding o *La naranja mecánica* de Anthony Burgess, preferían leer las revistas con fuertes dosis de violencia, como una forma de terapia o catarsis de las emociones reprimidas en su fuero interno; no era casual que las revistas de superhéroes eran las más hojeadas y casi deshojadas de tanto haber sido leídas y releídas por los usuarios que, por lo general, estaban en el ciclo de educación secundaria.

Eso sí, los niños se solazaban leyendo Condorito, El ratón Michey y el Pato Donald, que incluía en sus historietas a otros personajes como el Tío Rico, Giro sin Tornillos y los Chicos Malos; personajes típicos de los dibujos animados de Walt Disney que, al igual que las fábulas de Esopo, La Fontaine y Samaniego, ofrecían una trama de contrarios entre algunos animales y hasta una moraleja a manera de enseñanza sobre lo que era bueno y lo que era malo.

Por ese entonces, cuando aún los superhéroes no habían sido objeto de innumerables adaptaciones cinematográficas y televisivas, las revistas de serie se leían en silencio, imaginando las situaciones narradas y hasta la voz de los personajes. Por supuesto que ahora, que las historietas han sido adaptadas a los medios audiovisuales, mejoraron los efectos especiales como el ¡Crash!, ¡Pum!, Paf, ¡Zas!, gracias a las modernas tecnologías del mundo digital.

Aquí debo revelar que algunas de las revistas que tenía en mi magnífica colección no me las compré yo, ni me las regaló mi madre, sino que se las robé a don Daniel Delgadillo, un trabajador de interior mina, quien tenía una manifiesta adicción a las revistas de serie, porque las compraba y las leía con verdadera pasión. Siempre que iba a su casa, ubicada en uno de los campamentos de Cancañiri, donde vivía con su esposa y sus hijos mucho menores que yo, aprovechaba su ausencia para hurguetear entre sus revistas apiladas sobre el velador y, una vez que escogía las que faltaban en mi colección, las metía dentro de la cintura del pantalón, las cubría con mi chompa y, como el ladrón más avezado, me despedía de su familia y ganaba la calle pensando en que mi subida a Cancañiri no fue en vano. Desde luego que ahora que han pasado muchos años, no me queda más que confesarle mi secreto a don Daniel Delgadillo y agradecerle por sus revistas, ya que él, sin saberlo o sin quererlo, estimuló mi fantasía, contribuyó a mi hábito de lector y me ayudó a descubrir mi vocación literaria.

Toda vez que una nueva revista caía en mis manos, como si fuese un regalo de Navidad, no escondía mis sentimientos de felicidad, la leía ese mismo día, la agregaba a mi colección y la exhibía en el bastidor. Me imaginaba que las revistas eran infinitas y que nunca las tendría todas, no al menos mientras existieran guionistas, editores y una tracalada de dibujantes encargados de recrear los escenarios y dar vida a los personajes a pulso, dibujando una montonera de imágenes gráficas que, tras ser puestas en serie y de manera sucesiva, parecían tener vida propia. ¡Qué increíble!, ¿verdad?

No sabía cuándo se inventó y dibujó la primera serie, pero me imaginaba que todo pudo haber empezado cuando se inventó la máquina de imprimir y el día en que apareció el primer dibujante que grabó varias veces una misma imagen gráfica, en una plancha de cobre, para luego imprimirlas con tinta sobre el papel. Lo que sí sabía era que las historietas y tiras cómicas más conocidas empezaron a publicarse, en forma de recuadros, en los suplementos dominicales de los diarios. Yo mismo leí en mi infancia algunas de ellas, como Benitín y Eneas, Astérix, Patoruzito, Popeye y Tintín, ese niño belga que, en compañía de su perrito Fox Terrier, no paraba de realizar aventuras en tierras lejanas y exóticas.

Otra de las ocupaciones que tenía como revistero, después de cumplir con mis deberes de la escuela, era salir de casa algunas tardes para ir a canjear revistas en la puerta de los cines, donde canjeaba, en forma de trueque, las revistas dobles o triples por otras que no tenía en mi colección. En estos mismos afanes andaban otros niños, jóvenes y adultos, merodeando como moscardones en la puerta de los cines, con sus revistas bajo el brazo y las caras de 'cazadores de novedades'. Lo que más buscaban los mayores eran las fotonovelas mejicanas, basadas en las películas producidas para la televisión.

En la puerta del cine, antes de que empezara la función de tanda, que era a eso de las seis de la tarde, aparecían los cinéfilos como cuentagotas, hasta que, de pronto, la Plaza del Minero se llenaba como cuando se realizaban las apoteósicas asambleas de los mineros. Eran tiempos en que no había otras diversiones que el cine y las chicherías, que eran también los locales más concurridos, sobre todo los días de pago de salarios en la Empresa Minera Catavi y los fines de semana. En esa época tampoco había televisores y mucho menos videos o acceso a películas digitales, por cuanto los cines eran las únicas atracciones para grandes y chicos. Los niños asistían a función matinal, a eso de las diez de la mañana, y los adultos a función de tanda y noche. Yo no entraba a ver las películas, pero aprovechaba la aglomeración de la gente para fletar y canjear revistas.

Los fines de semana, por las mañanas, podía fletar decenas de revistas entre los niños que, mientras esperaban que se abrieran las puertas del cine, se amontonaban alrededor del bastidor como moscas alrededor de la miel. Yo tenía que estar atento, la mirada puesta sobre los lectores, para evitar que nadie se avivara llevándose la revista. Ni bien se abría la puerta del cine, se armaba un alboroto entre voces y gritos. Algunos niños dejaban la revista a medio leer, porque no querían perderse la función matinal, que era cuando se formaba un tumulto en la ventanilla de la boletería y otro en la puerta de acceso, donde todos se abrían espacio a codazos y pisándose en los pies.

En las funciones de tanda y noche, la cosa era más tranquila y ordenada. Los jóvenes y adultos hacían menos chacota que los niños, así que había condiciones para canjear las revistas con otros 'cazadores de novedades' que, por lo general, eran personas mayores. Yo canjeaba las fotonovelas para dárselas a mi madre, quien las leía en la cama hasta muy entrada la noche. Ya entonces advertí que las 'novelas rosas', basadas en las obras de amor y desamor de Corín Tellado, eran las más populares entre las señoras que no dejaban de tener sueños de Cenicienta. La verdad es que no sé si las 'novelas rosas' de la escritora española eran tan malas como decían los doctores de la literatura, pero sí estoy seguro que era el tipo de literatura que leían con auténtica pasión las amas de casa y las estudiantes de secundaria, quienes, en lugar de leer el *Quijote de la Macha* o la *Odisea*, preferían pasar el tiempo leyendo las fotonovelas que abordaban temas similares a su propia vida, con una trama sencilla y un desenlace feliz como en los cuentos de hadas. Lo más probable es que estas lectoras se reconocían en los personajes femeninos y soñaban con un amor parecido a los que encarnaban los protagonistas de las fotonovelas, que casi siempre eran como los galanes del cine mejicano. No en vano algunas vecinas, que me veían pasar por su casa, me detenían un instante y, bajando el tono de la voz, me preguntaban si tenía otras revistas de amor, parecidas a las que les había canjeado con sus hermanos o maridos.

Mi vida como revistero me dio muchas satisfacciones, hasta que un día de frío invierno, cuando los establecimientos educativos estaban cerrados debido a la vacación invernal, me fui temprano al Teatro 31 de Octubre de la población de Siglo XX, donde las señoras vendedoras de dulces, helados, salteñas, tawatawas y rosquetes estaban ya en sus puestos habituales. Preparé mi bastidor con las revistas, esperando la presencia de mis asiduos lectores. En eso nomás, mientras miraba los cerros por encima de los techos de calamina de los campamentos mineros, vi como avanzaba, en forma de un remolino levantándose como una torre en dirección al cielo, un torbellino de viento que, cuando cruzó por la puerta del teatro, me golpeó con un soplido tan fuerte que me empujó contra la pared, cubriéndome con tierra y polvareda; al mismo tiempo que mi bastidor cayó al suelo, los listones rotos y las ligas reventadas, mientras las revistas volaban por los aires como pañuelos en una despedida y deshojándose como las ramas de un árbol sacudido por un ventarrón de otoño. Yo me movilicé tambaleándome, en medio de la ventolera de polvo que me cegaba los ojos, en un intento por cogerlas en el aire, con la desesperación de quien está a punto de perder el mayor tesoro de su vida; pero, por mucho que me esforcé por retenerlas con las manos y los pies, las revistas se alejaron igual que un remolino de aves volando en bandadas.

Pasado el incidente, cual un guerrero que pierde la batalla y muerde el polvo de su derrota, me senté en la gradería del cine y me puse a llorar en silencio, maldiciendo al torbellino de viento que me despojó de mi colección de revistas. Levanté el bastidor deshecho, puse las pocas revistas que rescaté en la bolsa de tela que cosió mi madre y retorné a la casa de mis abuelos, donde no tenía ganas de comer ni de dormir. Estaba seguro que nunca más volvería a fletar ni a canjear revistas en la puerta de los cines. Así terminó mi oficio de revistero y una de las etapas más felices de mi vida.

// FOTOS: RRSS